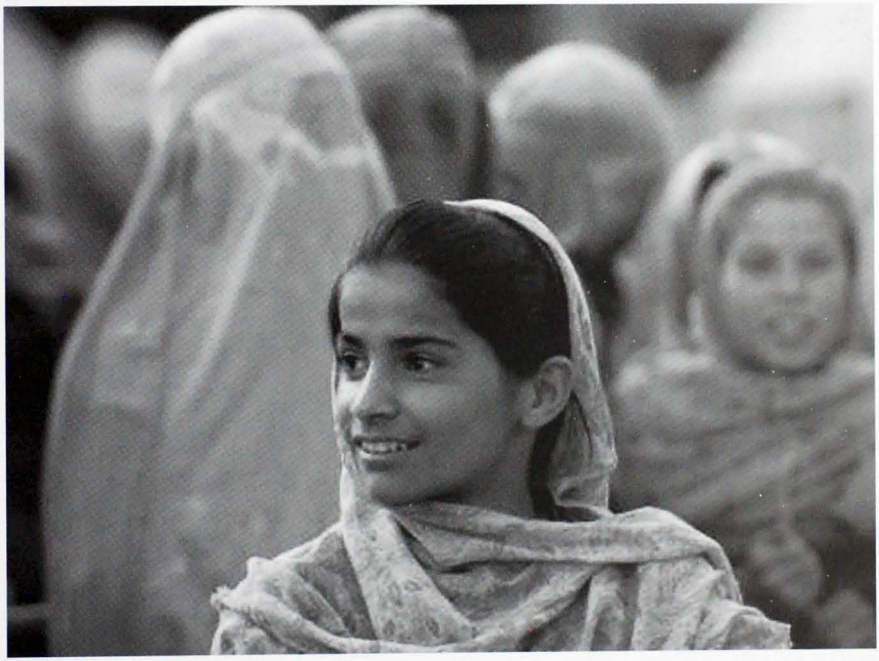
Análisis político de la guerra angloamericana contra afganistán

Por: Godofredo Aguillón

1. ANTECEDENTES POLÍTICOS DEL CONFLICTO

Previa a esta reflexión sobre el conflicto en Afganistán, éste país de Asia ya ha sufrido y sigue soportando más de un mes de bombardeo continuo de parte de Estados Unidos, con sus secuelas de dolor y destrucción de una nación que no ha vivido en paz desde hace 20 años. Los misiles y bombas de racimo lanzadas en suelo afgano son una prueba del poderío militar norteamericano, pero de graves consecuencias para la población local, especialmente para los niños indefensos, sobre todo si los misiles han llevado uranio empobrecido como ocurrió en la guerra del Golfo - en sus 110 mil ataques aéreos contra Irak, los A-10 Warthog de Estados Unidos lanzaron 940 mil proyectiles con uranio empobrecido - y en Bosnia en 1995-1996 y en la Federación



www.yahoo.com

www.yahoo.com

Yugoslava en 1999[22] - la fuerza aérea estadounidense lanzó 30 mil proyectiles de uranio -. El síndrome del Golfo podría repetirse hoy con la guerra contra Afganistán, con las consecuencias que esto significa para este pobre país de Asia.

Antes de empezar la reflexión política sobre los atentados en territorio norteamericano a las torres gemelas y el Pentágono, es plausible plantear las siguientes interrogantes: ¿Por qué? y ¿Para qué? esos atentados en el justo corazón del orgullo americano. Qué causas, legítimas o no, indujeron a provocar semejante acto de barbarie. Con un mínimo de racionalidad sobre los acontecimientos de conmoción mundial, de cualquier naturaleza que sea, es pertinente recordar que las acciones humanas que causan dolor muchas veces son motivadas, concitadas por otra acción de menor o mayor grado de repercusión que la recibida, alguna razón de peso - incluso injustificada- obliga al agresor a acometer una acción sin contemplación de ninguna índole.

Hay que otorgarle la razón en este punto a Hobbes en el sentido de que el hombre es el lobo del hombre. Este es el *quid* que sirve de contexto a la siguiente reflexión, y que suplanta al acto de condenar o juzgar si una acción es terrorista o no, sin valorar los matices y argumentos que están de fondo tras una acción de tal envergadura, y que, sin embargo, se omiten otros tipos de acciones parecidas o peores a las cometidas por grupos radicales fundamentalistas. Los análisis fuera de contexto y con ensalzamiento de las pasiones enturbian una justa dimensión del origen del conflicto, amén de confundir y turbar la justa racionalidad y el pensamiento crítico. En este punto cabe advertir con el intelectual de origen paquistaní Eqbal Ahmad quien vivió muchos años en Estados Unidos, que el terrorismo es un problema político, aunque hay que agregar que se refuerza utilizando otros ámbitos, uno de los cuales es la religión en el mundo árabe y musulmán.

Es necesario remarcar que cualquier tipo de terrorismo es una afrenta a la dignidad humana y son detestables como hechos abominables por sus saldos producidos, como el ocurrido el 11 de septiembre en suelo norteamericano, pero también es cierto que alentar y promover actos de terror[23] en muchos países no exime a Washington de responsabilidades cometidas en el pasado. Ya lo advirtió el mismo ex secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, después de los atentados del 11 de septiembre, que tan terrorista es el que mata como el que organiza y financia las operaciones de los terroristas. Hay que revisar la historia para comprender en su justa dimensión el tema del terrorismo. Si se acepta la propuesta de Chomsky acerca de ¿Qué es terrorismo?, que ciertamente se encuentra en los manuales del ejército estadounidense, veremos lo complicado que es aplicarlo unilateralmente en la coyuntura internacional: "terror es el uso calculado de la violencia o la amenaza de violencia para lograr objetivos políticos o religiosos a través de la intimidación, la coerción o la provocación de miedo"[24].

El doctor Henry Kissinger propuso el 31 de octubre ante una reunión de más de 300 personas en el London's Center for Pilicy Studies, su propia definición de terrorismo: «El terrorismo se define ataques indiscriminados contra civiles con el objetivo de romper el tejido social»[25]. El acto terrorista del 11 de septiembre es uno más dentro de los muchos que ha conocido la historia humana.

La historia reverbera de enconos inducidos y no inventados, al precio alto de provocar pérdidas humanas. No es lo mismo inventar una máquina sin sentimiento para una producción en serie que provocar un odio contra la maquinaria que mata y arrasa culturas sin contemplación. Uno de los aspectos mundiales que aterrorizan a la humanidad y que actúa sin misericordia es el terrorismo a escala mundial.

El discurso de Washington, en tiempos de la *guerra fría*, para designar al enemigo (en su versión religiosa el calificativo era el representante del *mal*) de la humanidad para Occidente se dirigía a su otrora potencia enemiga (URSS), so pretexto de expandir por el mundo el comunismo y el socialismo, lo cual era visto como una amenaza a los intereses y seguridad de ese país esparcidos por todo el mundo. Bajo esa política el gobierno norteamericano financió, organizó y dirigió varios escenarios de guerra (Nicaragua, El Salvador, Afganistán, etc.) así como también invadió países (Panamá en 1989, Granada en 1983) que inspiraban desconfianza a la seguridad norteamericana, pero, por otra parte, toleró y alentó a gobiernos despóticos y autoritarios (gobernados por militares)

que atentaron contra los derecho humanos de sus conciudadanos (Paraguay, Argentina, Chile, Guatemala, El Salvador, Honduras, etc).

Estas prácticas fueron una clara expresión de terrorismo de Estado para contener la línea de expansión comunista trazada por los estrategas de Washington, apuntalada precisamente en la década de los 80's por el gobierno ultraconservador de Ronald Reagan desde la llegada al poder en 1981. Los Documentos de *Santa Fe I* y *II*, cuyo marco doctrinario justifica la intervención estadounidense en asuntos internos de los Estados, reforzaron la política de Washington para intervenir y apoyar incluso acciones encubiertas de la CIA. El documento Santa Fe IV reconoce explícitamente la pérdida de hegemonía de Estados Unidos en el mundo. El mismo intelectual Immanuel Wallerstein aduce que, siendo Estados Unidos una superpotencia, utilizó a la CIA para expulsar o reacomodar gobiernos que le parecían poco amistosos[26].

En el caso preciso de Afganistán, las tropas soviéticas lo invadieron en la primavera de 1979 con tanques y armamento de guerra. Se impuso un gobierno aliado a los intereses de la URSS, obligando a los afganos opositores al régimen a librar una guerra de guerrillas para resistir al invasor. En esta lógica de expansión soviética, Washington aprovechó la resistencia de los *mujaidines*, apoyándolos con armas y municiones de guerra (los famosos misiles norteamericanos *Stinger* dieron poder de fuego a los afganos), al tiempo que organizó, financió y adiestró a esos guerreros para derrotar a las tropas soviéticas bajo apoyos encubiertos de la CIA, retirándose finalmente en 1989 las tropas invasoras que recibieron una estrepitosa derrota de parte de los mujaidines. Junto a esta derrota soviética, muchos de los miembros y aliados del gobierno afgano apoyados por el régimen comunista- se estima en más de 100 mil afganos- viven hoy día en Moscú bajo la protección del gobierno.

Cortesía: World Vision/Greg Low

Hacia 1985, durante el segundo gobierno de Ronald Reagan, éste recibió *in situ* a varios hombres barbudos con aspecto feroz, con turbantes; fueron invitados por su anfitrión a la Casa Blanca para expresarles su apoyo incondicional: «Estos son el equivalente moral de los padres fundadores de Estados Unidos [George Washington y Thomas Jefferson]»[27], eran precisamente los *mujaidines* afganos, quienes estaban en ese momento peleando contra el Imperio del Mal (URSS) en Afganistán. El resultado se saldó con una retirada-derrota de la Unión Soviética del suelo afgano en 1989. Los planes de la CIA más la actitud aguerrida y valiente de los mujaidines en el frente de guerra se concretaron, abandonando Washington a su suerte a los victoriosos afganos con un país destruido, un error estratégico que hoy lamentan y que se les ha tornado un *boomeran* de desastrosas consecuencias con el régimen talibán en el poder.

De acuerdo a la compilación de Zoltan Grossman sobre intervención militar de Estados Unidos[28] durante un siglo en el mundo, desde 1890 ese país arroja 133 intervenciones y acciones militares dentro y fuera del país, incluyendo diversas variantes de acciones y excluyendo otras (movilización de la guardia nacional, ejercicios militares, estacionamiento permanente de fuerzas armadas, etc.). El académico norteamericano Noam Chomsky lo resume así: "Durante 200 años, Estados Unidos expulsó y exterminó a la población indígena, a millones de personas; conquistó la mitad de México; realizó depredaciones en toda la región, en el Caribe, América Central, y algunas veces más allá. Conquistó Hawai y Filipinas, y para lograrlo mató a cientos de miles de filipinos. Desde la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ha extendido su alcance a todo el mundo utilizando métodos que no precisan descripción, pero siempre matando a otros, desarrollando batallas en otros lugares. Las masacres siempre fueron en otros países, no aquí, dentro del territorio nacional"[29].

Es necesario apuntar que la actual guerra no inició el 11 septiembre con los ataques a las Torres Gemelas y el Pentágono, sino que se remonta hacia 1993 con el primer ataque contra el World Trade Center, al cual le siguió, en 1995, el ataque contra cuarteles de la Guardia Nacional Árabe Saudita (SANG, por sus siglas en inglés) en Riad, y con la explosión en 1996 de las torres Khobar en las afueras de Dahran.

Posteriormente se continuó con los atentados simultáneos- bombas suicidas- de las embajadas norteamericanas de Tanzania y Kenia, en octubre de 1998, ante los cuales Washington respondió, en agosto, bombardeando Afganistán - la provincia de *Khost*- con 75 misiles cruceros, so pretexto de albergar este lugar a la agrupación

de Al Qaeda, a quien se le atribuyeron las responsabilidades, dejando como resultado cientos de muertos; finalmente el ataque contra el *USS* Cole en octubre del 2000. Estos atentados previos al 11 de septiembre de 2001, ciertamente formaron parte de toda una estrategia a largo plazo para erosionar la criticada hegemonía norteamericana. Sin embargo, Estados Unidos respondió - como acto de venganza - bélicamente, declarándoles la guerra a Afganistán y su gobierno talibán, llevándose de paso al mismo pueblo afgano que ha tenido que pagar el altísimo costo por otorgar su gobierno refugio a Osama Bin Laden, considerado por Washington como el terrorista más temible del mundo.

El conflicto, en efecto, tiene importantes dimensiones geopolíticas. De hecho, por los actores enfrentados y por los recursos en juego en la actual guerra, lo mismo que la del Golfo Pérsico, la misma proviene de un poderoso concurso geopolítico.

Ciertamente es ambigua la guerra lanzada por Estados Unidos contra el terrorismo internacional, sobre todo cuando se impone de manera unilateral la concepción del mismo sólo desde los intereses norteamericanos, olvidando, como lo registra la historia, las acciones contraterroristas emprendidas por Washington evocando la libertad y la democracia como valores supremos de Occidente.

Haití ha estado solicitando a Washington que extradite a Emmanuel Constant, a quien acusa de responsabilidad por la matanza de 4 ó 5 mil personas a mediados de los años 90[30], bajo una junta militar que estaba apoyada por Bush padre y Clinton. Ya ha sido condenado y juzgado en Haití y las autoridades piden que lo entreguen, pero ha sido en vano. Costa Rica, por su lado, igualmente ha buscado de forma infructuosa que entreguen a John Hull, un propietario de tierras en Costa Rica, que se le acusa de crímenes terroristas al estar utilizando la tierra como una base para la guerra de Estados Unidos contra Nicaragua en la década de los 80.

Estados Unidos y Gran Bretaña apoyaron a Saddam Hussein, ahora enemigo de ambos gobiernos tras la Guerra del Golfo, durante sus peores atrocidades, incluyendo el asesinato con gas contra los kurdos. Si se considera a la coalición formada contra el terrorismo, Rusia estaría de acuerdo en que Estados Unidos apoye su guerra terrorista contra Chechenia; China se deleitaría en recibir apoyo de Washington por las atrocidades que está cometiendo en China occidental contra los secesionistas musulmanes (unos ocho millones de personas que forman la minoría turca musulmana, los *uigubres* en Xinjiang, región que comparte una frontera de 76 kilómetros con Afganistán), cuya región está repleta de minerales que son cruciales para el desarrollo económico de China.

Turquía se une a la coalición a pesar de ser considerado un gobierno masacrador de la población kurda que habita en el sudeste del país, pero aún así recibe apoyo decidido de Washington, ya que es el principal receptor de armas (tanques, aviones de combate F-16, entrenamiento militar, etc.) de Estados Unidos, sólo superado por Colombia. El primer ministro turco, Ecevit, anunció que contribuiría con tropas: «Tenemos una deuda de gratitud con Estados Unidos porque fue el único país que estuvo dispuesto a contribuir de manera tan masiva a nuestra propia guerra 'contra-terrorista'»[31], lo cual no fue sino una limpieza étnica contra una población indefensa.

El peor violador de los derechos humanos en los años 90 fue Colombia, sin embargo fue el principal receptor de ayuda militar de Estados Unidos en 1999 para mantener el terror y las violaciones de derechos. Argelia, por otra parte, muestra estar de acuerdo con la guerra contra el terror que encabeza Washington, pero su gobierno es uno de los Estados terrorista más sanguinarios del mundo, al estar aplicando un terror contra su propia población durante los últimos años. El apoyo norteamericanos a la ocupación militar israelí

dura y brutal, ya lleva 35 años y relativamente sin visos de solución, a pesar de los acuerdos de Oslo.

El embajador israelí en España proclamaba que en el terrorismo no había que ver más que eso, terrorismo, cuyo paradigma sería el palestino, soterrando la larga tradición de terrorismo político sionista, desde la voladura del Hotel Rey David en Jerusalén, en 1946, hasta el actual de Ariel Sharon; también el ex primer ministro Netanyahu reducía toda la lucha del bien, encarnado en el 'mundo libre', y el mal, personificado por Yaser Arafat y la OLP, un 'terrorismo internacional' que debe ser aplastado[32]. Por cierto, sobre el actual primer ministro de Israel, Ariel Sharon y el actual Ministro de Defensa, Amos Yaron, entre otros, existe un acusación ante un Juzgado de Instrucción en Bélgica, por la masacre, tortura, violaciones y desaparecidos de entre mil y 3 mil 500 civiles - niños, mujeres y ancianos, en su mayoría -, registrándose entre el 16 y 18 de septiembre de 1982 en los campamento de refugiados palestinos de Sabra y Chatila, situados en la periferia sur de Beirut[33].

El gobierno estadounidense designó, tras los ataques del 11 de septiembre, a su embajador ante Naciones Unidas, John Negroponte, quien tiene antecedentes de haber sabido de los asesinatos en gran escala y otras atrocidades que estaban siendo cometidos por las fuerzas de seguridad en Honduras[34], siendo el embajador norteamericano en éste país, lo cual constata mucho del apoyo norteamericano al gobierno hondureño - sobre todo a las fuerzas armadas- a principios del decenio de los 80. Se sabe que el actual embajador de Naciones Unidas fue el supervisor local de la guerra terrorista conducida en Honduras, y probablemente por conocer su trabajo fue nombrado con ese cargo en dicho organismo internacional para conducir la guerra contra el terror.

Por otra parte, el odio que muestra Bin Laden hacia Estados Unidos no es en absoluto un capricho islámico o cuyas causas hay que encontrarlas en la vida norteamericana como epifenómeno paradigmático. En 1998, se agruparon Al Zawahri y Bin Laden, para constituir el denominado *Frente Islámico Mundial* para purgar contra los judíos y cruzados, es decir, los infieles según su visión.

¿Por qué se opusieron a los Estados Unidos? En primer lugar por la invasión de Arabia Saudita por parte de Washington en 1990, estableciendo bases militares permanente en el Emirato árabe, y peor aún por lesionar el sitio más sagrado del Islam en la Península árabe. Este es el motivo principal por el cual las actividades de Bin Laden y su organización Al Qaeda se volvieron contra Estados Unidos. Aunque muchas personas del mundo árabe y musulmán odian a Osama Bin Laden, lo siguen apoyando en muchos sentidos e incluso lo consideran como la conciencia del Islam, por su forma ortodoxa de interpretación[35].

2. Hegemonía de estados unidos: Geopolítica estratégica

No hay duda que tras el derrumbe del experimento socialista en Europa del Este a finales del decenio de los 80, salió victorioso el sistema capitalista bajo la égida de la única superpotencia mundial: Estados Unidos de América. Su otrora contrapeso militar que amenazaba su hegemonía en tiempos de la guerra fría y aseguraba un equilibrio en el mundo. El Pacto de Varsovia, se disolvió paralelamente al derrumbe de la URSS y la caída estrepitosa de los regímenes aliados a éste país, al tiempo que se fortaleció la OTAN, símbolo de la distensión y contención de Occidente que se preserva ante la desaparición de aquél, actuado tras el colapso soviético en varios escenarios de guerra: Kosovo, Yugoslavia y Croacia.

A raíz de los cambios internacionales propiciados desde la década de los noventa, la supremacía de Estados Unidos se ha hecho sentir a partir de los intereses geopolíticos de Washington en la nueva realidad emergente. Las áreas de influencias necesariamente entroncan con la hegemonía y la seguridad norteamericana, propias de una potencia imperial que expande sus intereses por el mundo. El poderío militar que sostiene esa hegemonía hace uso de la sofisticada tecnología militar, dentro de una concepción de guerra toral muy diferente a los moldes tradicionales de guerras anteriores a la del Golfo Pérsico. Hoy Afganistán siente en suelo y carne propia ese poderío descomunal de un arsenal militar preparado por la industria militar norreamericana para destruir a países enteros y aniquilar vidas humanas, principalmente de personas civiles (inocentes niños y madres) que se convierten en la víctimas de los «*efectos colaterales*» de los cientos de misiles «inteligentes» mortíferos. Una investigación realizada por el Congreso Federal de Estados Unidos demostró que las misiones de bombardeo de los aviones sofisticados B-2 alcanzaban una tasa de éxito de aproximadamente 40 por ciento, comprados con el 80 por ciento que sostenían los funcionarios durante la guerra del Golfo[36].

A pesar de la terrible paranoia de guerra que ha embarcado Estados Unidos y Gran Bretaña contra Afganistán, los sucesos del 11 de septiembre no sólo resquebrajaron el mito de la invulnerabilidad del territorio y seguridad norteamericana, sino que es sintomático de un poder hegemónico en declive que no ha entendido las realidades geopolíticas[37]. Ciertamente hoy, en el conflicto que se libra en Afganisrán, no se está definiendo la lucha por el poder a escala mundial entre los contendientes en el conocido terreno de la geopolítica como en el pasado, pero tampoco hay que descuidar y olvidar el forcejeo geopolítico entre China y Rusia[38] según sus intereses en juego, sobre

todo a partir de como evolucionen los hechos durante y después del conflicto en Afganistán. Estados Unidos persiste en mantener su incontestable supremacía y hacer verdad el aforismo: mi voluntad es la ley. La guerra de Kosovo, el bombardeo a Irak y la negativa a aceptar los convenios de Kioto para reducir las emisiones contaminantes confirman ese aforismo.

Tal como lo demostró la guerra del Golfo de 1991, los intereses vitales de Estados Unidos forman parte de su estrategia geopolítica en la región del Golfo de asegurar un recurso necesario que posee dicha zona: el petróleo. Jin Cason y David Brooks[39] precisan que aproximadamente el 65% de las reservas petroleras conocidas del mundo están concentradas en Medio Oriente y Asia Central (incluyendo Afganistán), agregando que "...Desde el punto de vista energético el significado de Afganistán emana de su posición geográfica como ruta de tránsito potencial para exportaciones de petróleo y gas natural de Asia central al Mar Arábigo", además de sostener que "Afganistán tiene sustantivas reservas de gas natural y algunos recursos de petróleo y carbón".

A pesar de la terrible paranoia de guerra que ha embarcado Estados Unidos y Gran Bretaña contra Afganistán, los sucesos del 11 de septiembre no sólo resquebrajaron el mito de la invulnerabilidad del territorio y seguridad norteamericana, sino que es sintomático de un poder hegemónico en declive que no ha entendido las realidades geopolíticas

Sin embargo, a mediados del decenio de los noventa Washington aceptó políticamente al gobierno talibán como resultado de la influencia que tiene la empresa petrolera estadounidense UNOCOL –compañía con sede en Houston, Texas, cercana a los actuales presidente y vicepresidente, Bush y Cheney- principal inversionista en un consorcio internacional que negoció y finalmente acordó un contrato de dos mil millones de dólares con el gobierno talibán para construir un oleoducto de 890 millas de largo, que atravesaba Afganistán para transportar gas natural de Turkmenistán a Pakistán, proyecto que tuvo problemas políticos en 1998 debido a las políticas sociales del régimen talibán, precisamente en derechos humanos y derechos de la mujer.

En ese mismo año, la compañía invitó al talibán a Estados Unidos, paseándolos por la compañía y al mismo tiempo proponiéndoles transportar crudo del Mar Caspio a los puertos de Pakistán vía Afganistán, es decir, sin pasar por Rusia o Irán[40], aunque en la práctica el acuerdo fue bloqueado por las fuertes objeciones realizadas por las feministas y ambientalistas. Este hecho permite pensar que si el régimen talibán es derrocado, Estados Unidos podría reabrir este acuerdo de un oleoducto que generaría miles de millones de dólares entre UNOCOL y un probable gobierno de coalición proestadounidense.

La supremacía de Estados Unidos es celosamente resguardada por el *stablishment* gobernante, cuya experiencia bélica no es de menor dato. La integración del gobierno de George W. Bush hijo tiene connotados exponentes y alentadores de guerra, tanto ayer como hoy, entre ellos su vicepresidente Richard Cheney, quien fuera secretario de Defensa de Bush padre durante la invasión a Panamá en 1989 y la guerra del Golfo en 1991 contra Irak y Saddan Husseim; el actual secretario de Estado, general Colin Powel, fue jefe de Estado Mayor del ejército durante la guerra del Golfo; el actual secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, desempeñó el mismo cargo durante la presidencia de Gerald Ford entre 1973 y 1977. No son ningunos improvisados al menos quienes dirigen la guerra, son los halcones de la guerra, excepto el presidente que es un empresario texano vinculado al petróleo, pero eso no lo sustrae de ser partidario de los experimentos de guerra.

El *stablishment* norteamericano, cuyo poder hegemónico es indiscutible, no necesita del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para arremeter su guerra contra Afganistán, violando la carta de constitución de ese organismo y convirtiéndolo en un espectador pasivo que contradice su verdadera función en asuntos internacionales.

Existe un error de apreciación objetiva acerca de la compresión del atentado terrorista en ciertos círculos intelectuales de Estados Unidos: «La raíz de los atentados se halla en la interacción de dos factores de orden político: la hegemonía de los Estados Unidos y el estancamiento del mundo islámico en los últimos siglos»[41], valoración por cierta ramplona y subjetiva en su sostenimiento. Igual agravio al pensamiento resulta esgrimir que "el mundo musulmán experimentó y continúa experimentando la emergencia de Europa y la actual hegemonía militar Norteamérica como un evento especialmente trágico"[42], quedando solamente "un resentimiento radical contra el Norte".

No resulta plausible sostener que el «dinamismo de EE.UU, lo convierta en el espejo en el que se miran las demás

naciones», peor aún que sea «depositaria del proyecto que nació... en el viejo Continente», como lo afirma el autor. No estamos seguros que el *American way of life* tenga que ser el patrón universal plausible fuera del mundo Occidental, desconociendo culturas y tradiciones arraigadas entre los pueblos no occidentales por más atrasados que sean; antes bien, puede ser un referente pero nunca un mimetismo.

La guerra que se está librando contra Afganistán desde el 7 de octubre del 2001, igual que la mayoría de las guerras que le precedieron, tiene su raíz en la competencia geopolítica. Aunque el conflicto se desarrolla en tierras afganas, el verdadero foco e interés está puesto en Arabia Saudita[43], no en Afganistán, ya que una de las demandas de lucha de Bin Laden consiste en la imposición de un nuevo gobierno en el reino que controlaría el más importante botín geopolítico sobre la faz de la tierra: las vastos yacimientos petroleros sauditas, que representan la cuarta parte de las reservas de petróleo conocidas en el mundo. Este es el verdadero interés de Washington en su operación Libertad Duradera, al precio de castigar al pueblo afgano con más miseria y atraso.

Desde los tiempos de la definición y término de la segunda guerra mundial, el «Departamento de Estado recibió el encargo del presidente Roosevelt de implementar políticas e instituciones que garantizaran la seguridad y la prosperidad de Estados Unidos para épocas venideras. Esto incluyó el diseño y la creación de la Organización de Naciones Unidas, la construcción de las instituciones financieras de Bretton Woods, y aún más significativo en el actual contexto, la procuración de un suministro adecuado de petróleo»[44].

Desde esta perspectiva, los estrategas norteamericanos previeron que el acceso al petróleo era especialmente importante dado que esto haría un factor esencial en la victoria de los aliados. En esos tiempos fue el petróleo el que movilizó a tanques, buques y aviones que permitieron a las fuerzas estadounidenses la ventaja decisiva sobre sus adversarios, quienes carecían precisamente de fuentes confiables de combustibles. De ahí que era lógico dar por hecho que el acceso a un abundante suministro de petróleo sería crítico para el éxito de Washington en futuros conflictos. Para entonces el asesor económico del Departamento de Estado, Herbert Feis, luego de estudios intensivos realizados, concluyó que sólo un lugar podía proveer del petróleo necesario: Medio Oriente y de manera particular la reserva petrolera sin explotar más prolífica del mundo en el reino de Arabia Saudita[45].

En este sentido, pasaron a un segundo plano México y Venezuela como suministradores del crudo para Estados Unidos. Para concretar los planes se creó una alianza entre las corporaciones petroleras estadounidenses y la Compañía Arabe Americano de Petróleo (ARAMCO, por sus siglas en inglés), lo cual implicaba una unión entre el presidente Roosevelt y el rey Abd al Aziz Ibn Saud, fundador del reino moderno saudita, hecho extraordinario en la historia moderna norteamericana que significó que el presidente norteamericano le prometió protección de Estados Unidos a cambio de acceso privilegiado al petróleo saudita. Los beneficios de esta jugosa negociación perduran hasta hoy, a favor de ARAMCO y sus socio estadounidenses. Este es el núcleo esencial de la relación estadounidense-saudita.

Michael T. Klare lo ataja coloquialmente: «Arabia Saudita también compra anualmente entre 6 mil y 10 mil millones de dólares de productos de empresas estadounidenses. De su parte, la familia real saudita se ha vuelto inmensamente rica debido a que la protección estadounidense le ha permitido mantenerse a salvo de agresiones internas y externas»[46].

La consecuencia de esta alianza es que para proteger al reino saudita de sus enemigos externos. Estados Unidos ha expandido sostenidamente su presencia militar en la región, al desplegar miles de tropas en el reino, a tal grado que personal norteamericano se ha involucrado en el aparato de seguridad interna del régimen, mientras internamente son declarados ilegales las formas de debate político en el reino y, además, han utilizado a las fuerzas de seguridad entrenadas

por Estados Unidos para aplastar cualquier expresión de disidencia (no hay Parlamento, ni libertad de expresión, no hay partidos políticos ni derecho de asamblea, no hay constitución, etc). Así, Estados Unidos protege y defiende a una paradigmática autocracia dentro del mundo árabe, aunque no es el único tampoco. Todo esto ha traído graves consecuencias al reino con actos de violencia y, por su puesto, de parte del saudí Osama Bin Laden.

Ya lo advirtió el destacado historiador Eric J. Hobsbawn, «...la superpotencia americana, la única potencia del planeta, no está en condiciones de controlar y gobernar el mundo»[47]; más contundente es el planteamiento de Immanuel Wallerstein al hacer un balance de los últimos años: "Washington podría lamentar el día que Assad, Kadafi, Arafat e incluso Saddan Husseim ya no estén el poder...sus sucesores podrían ser antiestadounidenses más feroces porque a diferencia de esos personajes, ya no compartirán valores modernistas con Estados Unidos...Consideren que esto bien pudo ser el Plan de Bin Laden. Su propia misión suicida pudo haber tenido el objetivo de llevar a Estados Unidos hacia esa trampa"[48].

3. Afganistán y el mundo islámico

La cultura árabe y musulmana es *sui generis* en todo su ordenamiento y forma de expresión particular, que no puede dirimirse en el dilema *The Clash of civilizations* como lo predijo el ideólogo de Harvard Samuel Huntington en 1993 tras el derrumbe de la Unión Soviética. Ese ensayo, en honor de rescatar la cultura árabe y musulmana, ha sido desautorizado por el intelectual palestino y académico de la Universidad de Columbia, Edward W. Said, con el título «*El choque de las ignorancias*»[49]. No se trata, en efecto, de encasillar el problema en maniqueísmo y epítetos del tipo Islam contra Occidente, porque ello oscurece el pensamiento y debilita la reflexión justa del entendimiento humano. Uno de los efectos perversos de los atentados del 11 de septiembre es la satanización de todo lo que huele a árabe y a Islam, despertando un tipo de racismo entre muchos occidentales para saldar cuentas con ese referente cultural.

La lucha encarnizada entre grupos del mundo musulmán islámico y sus enemigos occidentales o pro-occidentales, tienen una raíz político-ideológica de agresión y hostilidad permanente contra los intereses islámicos, por un lado, y por la traición de los principios del Corán de parte de ciertos gobernantes musulmanes aliados a Estados Unidos.

No existe unidad, en efecto, en el mundo árabe y musulmán. Pakistán, Egipto y Arabia Saudita se han alineado con Washington en la guerra contra Afganistán. Irán es acérrimo enemigo de los talibanes, a tal grado que ha dado cierto apoyo a la Alianza del Norte que combate el régimen de Kabul, pero ha mostrado opuesto a la guerra y ha suplicado que el conflicto se dirima en el seno de Naciones Unidas. Pero eso no implica que no haya tenido resonancia en el mundo islámico musulmán y árabe los mensajes de Bin Laden para defender al Islam y atacar al enemigo infiel, Estados Unidos y sus aliados.

Hoy está en el ojo del huracán el mundo islámico musulmán como portador del terrorismo internacional, por haber perpetrado un grupo de personas de ese mundo al estilo *kamikases* un acto de barbarie en territorio estadounidense el 11 de septiembre, cobrando la vida de más de cinco mil personas. Este atentado es la culminación y continuidad de una serie de hechos violentos que grupos radicales islamitas musulmanes han perpetrado de diferentes partes del mundo, con la diferencia fundamental que hoy fue una profunda herida en el corazón de la superpotencia mundial, en su propio territorio y ante la los ojos de sus propios ciudadanos.

Los antecedentes demuestran que el islamismo nació en el valle del Nilo (Egipto), a través de la predicación de hace 70 años de Hassan el Banna, maestro de la escuela y

Cortesía: World Vision/David Ward

fundador de los *Hermanos Musulmanes*[50], el segundo gran poder en el valle del Nilo tras el régimen de Mubarak - quien lleva 20 años como *raís* - y con presencia en 70 países bajo distintas denominaciones que pueden o no ser la de Hermanos Musulmanes, cuyo mayoritario Islam *sunies* se constituye en la mayor fuerza del que podría llamarse integrismo moderado, siendo aún más viejo que los integrismo radicales y hasta terroristas.

Actualmente, sobre todo a partir de la década de los noventa, existe una forma de *reislamización* que tiene como trasfondo no sólo la derrota del Egipto de *Nasser* en la guerra de los Seis Días en 1967 a manos de israelíes y sus protectores norteamericanos, sino también por la apostasía cometida por gobiernos (Arabia Saudita, Egipto, etc.) que abandonaron el Islam y llegaron a ser corruptos, además de permitir la ocupación de extranjeros en territorios musulmanes. A raíz de esta situación el concepto dominante no es precisamente el arabismo, sino el de la *umma* islámica, esto es, la comunidad de creyentes, sean árabes, afganos, paquistaníes, saudís, indonesios, filipinos, etc.

La sentencia de Maamun el Hodeibi, portavoz de los Hermanos Musulmanes, no da lugar a dudas: «EE.UU. pagará su ciega agresión contra un país islámico [Afganistán]»[51]. Desde el asesinato de Sadat en 1981 por miembros del grupo egipcio Al Yihad - cuyo líder es el cirujano Ayman al Zawahri, lugarteniente de Osama Bin Laden- Mubarak tiene encarcelados a 16 mil islamitas, que de seguro hubieran servido en el momento actual a una revuelta islamita contra su gobierno que hoy sirve de aliado a los intereses de Estados Unidos para bombardear a Afganistán.

El la segunda mitad de los años noventa, Al Zawahri y Bin Laden, llegaron a la conclusión de que la reconquista islámica de Jerusalén, la caída de los regímenes pro-occidentales de El Cairo y el Riad (Arabia Saudí) y la salida de las tropas norteamericanas de la sagrada tierra de éste país pasa por Washington. En esta línea de pensamiento estratégico y bajo la protección de los talibanes afganos que llegaron al poder en 1996, formaron con egipcios de Al Zawahri, saudís y yemíes de Osama Bin Laden y sus aliados sudaneses, paquistaníes, bangladeshíes y africanos las primeras brigadas internacionales de la *jihad* ofensiva aglutinadas en la organización Al Qaeda (la base).

En el término *jihad* - guerra indiscriminada contra los supuestos enemigos- es improbable reconocer la religión, la sociedad, la cultura o la política islámicas como las han vivido y experimentado por siglos los musulmanes[52]. Para los musulmanes Islam satisface y culmina la línea de una profecía. De hecho, si se acepta que el Islam actúa en el mundo musulmán como vehículo natural de la política, el Corán sirve de fuente de justicia, humanidad, buen gobierno y oposición a la corrupción. Estas podrían ser algunas razones de Bin Laden de apertrecharse en el Islam y lanzar su jihad contra Estados Unidos y sus aliados, incluyendo a los del mundo arabemusulmán.

Aunque el conflicto se desarrolla en tierras afganas, el verdadero foco de interés está puesto en Arabia Saudita, que no en Afganistán, ya que una de las demandas de lucha de Bin Laden consiste en la imposición de un nuevo gobierno en el reino que controlaría el más importante botín geopolítico sobre la faz de la tierra: las vastos yacimientos petroleros sauditas

La jihad recibe en la azora IV del Corán formulaciones inequívocas en el sentido que no existen límites en el combate por destruir a los enemigos del Islam: «Quienes creen, combaten en la senda de Dios, 'combatid a los amigos del Demonio, 'a quienes combaten en la senda de Dios, sean matados, sean vencedores, les daremos una enorme recompensa. 'Un día de defensa del Islam vale más que todo el Mundo y todo lo que hay en él»[53], reza un *hadith*. Esa convergencia de lucha implacable por la creencia y recursos taimados y sanguinarios cuajó en torno al año mil 100 en el principal antecedente de lo que hoy sucede: la ejecución por el ismailí Hasan-i Sabbah, desde su castillo de Alamut, de una estrategia de eliminación de todo adversario religioso o político a cargo de auténticos comandos suicidas de sus leales, los 'asesinos'[54].

Es necesario recordar que Osama Bin Laden es un *wahhabita*, la vertiente islámica que es religión de Estado en la Arabia Saudí, para la cual toda la verdad se encuentra en el Corán y en los *hadiths*, dichos atribuidos a Mahoma[55]. El peor error sería hacer de Bin Laden el prototipo del musulmán. Con la occidentalización de la dinastía, los mohabitas ortodoxos la consideraron traidora, teniendo lugar en 1979 una insurrección xenófoba en La Meca que terminó con la muerte de 450 rebeldes y dos mil 700 soldados. En ese sentido, no resulta extraño en esa coyuntura finisecular que designar a Estados Unidos cabeza del mundo occidental, como el gran Satán que entraña la negación en todos los

ámbitos d la ortodoxia coránica y de la hegemonía política del Islam. Por eso mismo, la guerra del Golfo, el triunfo de los talibanes ortodoxos en Afganistán y el dominio ejercido por Israel en Palestina, son referentes precisos que incitan a la respuesta violenta en nombre de Alá.

El disidente del reino saudí, Osama Bin Laden, se ha declarado enemigo del régimen saudita, por haber permitido y ensuciado la tierra santa del reino con la presencia norteamericana en la Península Arábica; sin embargo, la protección del reino de parte de Estados Unidos es su mayor problema. De hecho, el involucramiento militar estadounidense en el reino alcanzó niveles altos en 1979 a partir de dos hechos importantes en la región: la invasión de La URSS en Afganistán y el *sha* de Irán fue derrocado por fuerzas opositoras y militantes islámicos que protagonizaron una breve revuelta en La Meca. En este último hecho que marcó un viraje drásticos en la política iraní, el entonces presidente norteamericano, el demócrata Jimmy Carter, lanzó su política en los siguientes términos: cualquier tentativa de un poder hostil encaminada a lograr el control sobre el Golfo Pérsico será considerado «un ataque sobre los intereses de los Estados Unidos de América», y será repelido «por todos los medios necesarios, incluida la acción militar»[56].

Ésta ha sido la tónica de la estrategia norteamericana en la zona y que perdura hasta hoy. Frente a una amenaza mayor, Carter desplegó buques de guerra en el Golfo y arregló que las fuerzas estadounidenses pudieran hacer uso periódicamente de bases militares en Bahrein, en Diego García (una isla bajo control británico en el océano Indico), así como en Omán y Arabia Saudita. Todas estas bases fueron empleadas entre 1990 y 1991 durante la guerra del Golfo, y se están usando en el conflicto de hoy contra Afganistán.

Ronald Reagan, en la década de los ochenta, intensificó los abiertos movimiento militares en la zona e incrementó el apoyo oculto a los mujaidines antisoviéticos en Afganistán, con un costo estimado en armas de unos 3 mil millones de dólares[57]. Después siguió Bush padre con su guerra del Golfo e igualmente Clinton prosiguió con la misma política; éste último buscó extender las influencias de su país en el valle del mar Caspio, un área rica en energéticos al norte del Golfo Pérsico. Muchas cosas han ocurrido después. Las sanciones contra Irak han causado desde la guerra del Golfo inmenso sufrimiento en el pueblo iraquí, estimaciones de Unicef confirman que las muertes de niños rondan por los 500 mil anual por la falta de medicinas y alimentos causados por el embargo.

Ciertamente cuando los talibanes llegaron al poder tras derrocar al gobierno moderado islamita de la Alianza del Norte, Afganistán heredó un país plagado de campamentos de instrucción para activistas y radicales islámicos procedentes de toda Asia, los cuales fueron vitales para infligir una derrota a los soviéticos en 1989. Se afirma que los chechenos, los oighures, los cachemires, los uzbecos, etc., han estado utilizando Afganistán para adiestrarse en guerra de guerrillas[58], muchos desde hace 20 años.

«Estrictamente hablando, no es Afganistán el que ha generado los movimientos, sino más precisamente, han sido

Cortesía: World Vision/Greg Low

las condiciones generales las que han generado los movimientos que han buscado refugio en Afganistán»[59]. Es por esta razón que muchas potencias regionales de la zona - India, Irán, Rusia, China, incluso Uzbekistán- estarían complacidos del derrumbe del régimen talibán que proporciona refugio a sus movimientos de oposición; sin embargo, en este punto Washington tendría que enfrentar a compañeros difíciles de digerir. La mayoría de ellos son hostiles a cualquier asomo de hegemonía de Estados Unidos en Asia y al unilateralismo de Washington, pues temen a una respuesta militar estadounidense en la puerta de su casa, fortaleciendo el intervencionismo estadounidense en todo el mundo.

En esa maraña geopolítica que acontece en Asia Central, Pakistán está ante una posición difícil y delicada pues no sólo ayudó a los talibanes a acceder al poder en ese país para restaurar el orden, además los talibanes son un aliado útil, sino que si entregara a Osama Bin Laden enfrentaría una reacción y oposición islámica que lo considera un héroe por haber luchado con éxito no sólo contra la URSS sino contra el imperialismo estadounidense. Desde esta perspectiva, sería hasta irónico que en sus ansias de venganza Estados Unidos capturara a Bin Laden y en el camino perdiera a Pakistán a favor de los fundamentalistas partidarias de línea dura.

Se sabe que Bin Laden ha concentrado sus esfuerzos en alcanzar dos objetivos colosales: expulsar a los «infieles» estadounidense de su país Arabia Saudita (el corazón de la tierra santa musulmana) y derrocar al actual régimen saudita para sustituirlo por otro más coherente con sus creencias fundamentalistas islámicas, los cuales ponen al saudí en conflicto directo con Estados Unidos. Un desafío nada fácil ante la protección norteamericana del reino. Sin embargo, la partida decisiva se juega en el interior del mundo musulmán, donde sobran recursos políticos y religiosos para contrarrestar la explosión integrista que se ha desatado.

Resulta contraproducente para Washington que Bin Laden controle un gobierno saudita porque ello sería destruir todos los nexos con las compañías petroleras estadounidenses y adoptaría nuevas políticas en cuanto a la producción y distribución del petróleo del país, medidas que traerían potencialmente devastadoras consecuencias para Estados Unidos, y desde luego, para la economía mundial; sin embargo, Washington está luchando para evitar ese escenario contrario a sus intereses vitales en el Golfo.

Desde entonces, Al Qaeda ha infligido ataques a intereses norteamericanos dispersos por el mundo. Los ataques a la embajada norteamericana en Sudán y el *kamicaze* contra el navío Cole de la armada de Estados Unidos, han llevado su impronta bélica ofensiva. El ataque del 11 de septiembre es la culminación, hasta hoy, del accionar continuo de los grupos que se oponen a la política norteamericana de promover, apoyar y financiar la violencia contra el mundo árabe musulmán. La estrategia de seguridad de Washington resultó fallida ante un ataque inesperado que puso en cuestión su viejo esquema de seguridad heredado de los tiempo de la guerra fría. Susan Sontag lo describe en forma escueta: «...nuestros protectores han sido increíblemente ineptos»[60], lo cual se revierte sobre la FBI, institución que tenía bajo vigilancia a uno de los sospechosos del aerosecuestro, Mohammad Atta, y que misteriosamente apareció entre los kamikazes que se estrelló contra una de las torres gemelas de Manhattan.

Ahora bien, la organización Al Qaeda es un conglomerado de grupos dispersos por todo el mundo que operan como una red. Sus afiliados incluyen, entre otros, a Yihad Islámica Egipcia (EIJ), Al Gammaya al Islamia (IG, grupo islámico de Egipto), Grupo Armado Islámico de Argelia (GIA), Partido Islámico de Turkestás (IPT), Movimiento Islámico de Uzbekistán, Jayashee Mahoma de Cachemira (JM), Ejército de Mahoma y Grupo Abu Sayyaf (ASG) de Filipinas[61]. Los grupos que constituyen Al Qaeda tienen su propia mando, control y estructuras de comunicación; pero para cualquier necesidad, esos grupos se interrelacionan o se unen, ideológica, financiera y operativamente. Al Qaeda otorga liderazgo, tanto nacional como internacionalmente. Aboga por panislamismo dentro de su programa ideológico, por tanto, Osama Bin Laden acaba con la divisiones y apela tanto a los grupos de Oriente Medio como a los que no son de esa región, incluyendo a los grupos islámicos de Asia. Su pensamiento en esta dirección recibió una gran influencia tanto de Abdullah Azzam, su mentor palestino, como de Hasan Turabi, el líder espiritual de Sudán. Se afirma que Al Qaeda tiene un alcance global, ya que dirige infraestructuras de apoyo en Oriente Medio, Asia, Europa y Norteamérica[62].

La red Al Qaeda de apoyo a la células está comprometida en la propaganda, la recaudación de fondos, el reclutamiento de miembros y ayudantes, la formación de grupos de espionaje, la consecución de misiles y tecnología duales, la organización de entrenamiento, la preparación de viviendas seguras, la consecución de vehículos y la falsificación/adaptación de identificaciones. Al mismo tiempo que dirige infraestructuras permanentes de operaciones en zonas de Asia (central, sur y sudoeste), los Balcanes, el Cáucaso, Oriente Medio y el África subsahariana, tiene una capacidad de establecer también la regeneración de células operacionales en cualquier parte, especialmente en Occidente. Esas células, educan, organizan reconocimiento/vigilancia y, por su puesto, dirigen ataques.

Las fuerzas de Al Qaeda están integradas en los talibán y se beneficia materialmente de la protección del Estado[63]. Los estrategas de combate de Al Qaeda, lo expertos en explosivos y otros especialistas actúan como educadores y

consejeros, al tiempo que participan activamente en campañas de 'yihad' desde Chechenia hasta Cachemira y Mindanao. La interacción de Al Qaeda con los talibán, la guerrilla y los grupos terroristas comprometidos en la lucha de primera línea, ha enriquecido su entendimiento y experiencia de un amplio espectro de la guerra.

El aspecto más atractivo de Al Qaeda es su integración vertical y horizontal. Verticalmente, el corazón y el penúltimo líder lo forma Osama Bin Laden, otro grupo de líderes, sus consejeros, los planificadores y educadores. Horizontalmente, el tendido de la red en células compartimentadas se aplica cada día. La mayor parte de las fuerzas de Al Qaeda -denominada V55 brigada de los talibán- lucha contra la Alianza de Norte en Afganistán. Durante la última década, Al Qaeda ha crecido en fuerza y se ha situado entre los 4 mil y 5 mil hombres; la base y los campos de entrenamiento están en Khost, Maharvia, Kabul, Jalalabad, Kunhar y Kandahar[64].

No se puede asociar arbitrariamente Islam y terrorismo por el actuar de un grupo islámico radicalizado que provoca terror con sus acciones suicidas. Es necesario entender las causas asumidas por esos grupos luego de la maduración de sucesos que han humillado al mundo árabe y musulmán.

No se puede asociar arbitrariamente Islam y terrorismo por el actuar de un grupo islámico radicalizado que provoca terror con sus acciones suicidas. Es necesario entender las causas asumidas por esos grupos luego de la maduración de sucesos que han humillado al mundo árabe y musulmán.

En la operación Libertad Duradera de Washington y Gran Bretaña, la probable lista de grupos y gobiernos terroristas a los cuales se les se ha declarado la guerra total en la sed de venganza de Washington, están:

Grupo Al Qaeda
Al Yihad, grupo islámico de Egipto dirigido por el cirujano AL Zawahri- dicho grupo asesinó, en 1981, al presidente Anuar el Sadat. El líder de este grupo está entre los 22 personajes terroristas más buscados por la CIA.
Grupo Abu Sayyaf, en Filipinas, Laskar Jihad, en Indonesia Movimiento Islámico de Uzbekistán, Hezbollah en Líbano Hamas de Palestina, Jihad Islámica en Egipto, Gobierno de Irak, Gobierno de Sudán y Libia.

Quizá habría que darle la razón al intelectual de origen paquistaní, Eqbal Ahmad, en el sentido de que «históricamente la experiencia de la violencia ejercida por el oponente fuerte[Estados Unidos] ha hecho de las víctimas terroristas»[65], subrayando que el terror estatal muchas veces cultiva el terror colectivo.

Hay quienes empiezan a mostrar dudas sobre el apoyo de Estados Unidos a la Alianza del Norte que lucha contra el régimen talibán y que recibe apoyo de Washington y Rusia, pues ello significaría caer en la trampa de «el enemigo de mi amigo es mi amigo»[66] que dio lugar precisamente a la emergencia de los talibanes. Un reporte de Human Rights Watch[67] indica que la Alianza del Norte acumuló una cantidad de horribles ataques a civiles cuando gobernó entre 1992 y 1996.

En la expedición punitiva contra Bin Laden el gobierno estadounidense podría quedar preso de su propia trampa, si las cosas se complican dentro de la coalición, principalmente de los países árabes y musulmanes que hoy lo apoyan. Las muestras de simpatía con los talibanes en el mundo musulmán, tras los ataques de Estados Unidos contra Afganistán[68], han sido sintomático en varios países, principalmente en su vecino Pakistán.

A más de un mes de intensos bombardeos sobre Afganistán, con saldos de centenares de personas civiles muertas a causa del indiscriminado ataque a las principales ciudades de ese país, los desafíos políticos que enfrentará el gobierno futuro no son de poca monta, sobre todo considerando las pugnas entre etnias diferentes, y principalmente el hecho de que salgan derrotado los talibanes con la ayuda de los norteamericanos. El futuro de Afganistán es incierto, pero lo seguro que tendrá será la inestabilidad como hecho estigmatizante.

Bibliografía básica

Alí, Tariq, «Rebelión internacional», La Jornada, Opinión, México, miércoles 3 de octubre de 2001.

Borja, Rodrigo, "*Enciclopedia de la política*", FCE, 2ª impresión, 1999.

Fisk, Robert, "Biografía de un terrorista (Osama Bin Laden, Líder integrista islámico)", El País, Personajes, 16 de septiembre de 2001.

Heribero Cairo Carou, "*Geopolítica crítica*", Universidad Complutense de Madrid.

Documento Santa Fe IV", Periódico Desde Abajo. Colombia, 2000.